# Hip, hipopótamo vagabundo





*Rubén Vélez*

Ilustrado por
Santiago Guevara




UNA CAMPAÑA DE FOMENTO A LA LECTURA DE LA SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE Y EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – I DARTES



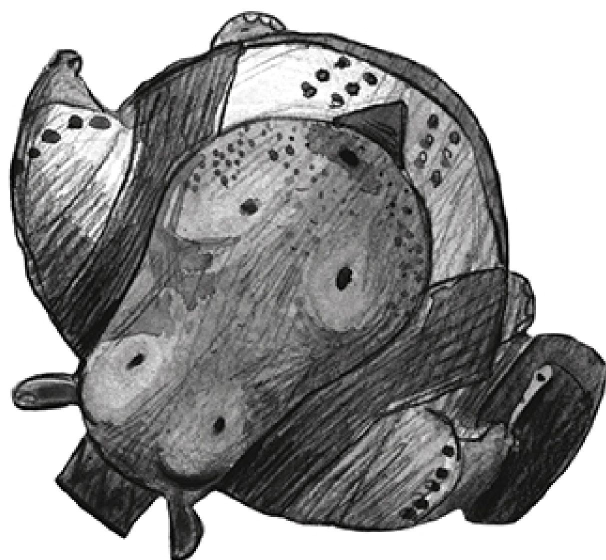

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

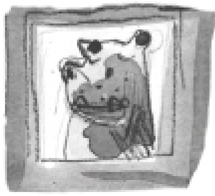
LIBRO AL VIENTO INICIAL

# Hip, hipopótamo vagabundo

*Rubén Vélez*

Ilustrado por
Santiago Guevara





**ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ**

Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Ana Catalina Orozco Pelaez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Ricardo Ruiz Roa,
Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavídez Martínez,
María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González,
Luis Felipe Trujillo
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2018



Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
978-958-5487-42-0, ISBN
Unión Temporal Idartes 2018, Impresión

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co

@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

# CONTENIDO



# ¡Hip, hip, hurra!

Antonio García Ángel

Celebramos en Libro al Viento la llegada de nuestro título 136, *Hip, hipopótamo vagabundo,* de Rubén Vélez.

Las extravagantes y originales biografías que pueblan las solapas de sus libros bien valdrían una antología. Citemos apenas la más concisa de ellas: «Ex abogado y ex poeta»[1]. Cuando fue abogado se desempeñó como juez civil municipal de Turbo, cuando fue poeta ocupó el tercer lugar en el Primer Concurso Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia, en 1979, y el primero en la segunda versión de este concurso, en 1980.

Por esa época Vélez también escribió el libro que usted, querido lector, tiene en sus manos, como lo cuenta en un texto suyo titulado *Hasta hipopótamos en París se podían parir:* «Sucedió en 1979. Miamiga Eugenia Echavarría, en cuya gaveta de la rue Censier yo me hospedaba, me pidió una historia infantil. Ella era profesora en una escuela de niños especiales. A los pocos días parí a Hip, un hipopótamo que ambula por una ciudad luminosa y hostil en busca de su mejor amiga de la infancia».

Este relato resultó ganador en la segunda edición del Premio Enka de Literatura Infantil, en 1981. El Enka surgió gracias a una columna de Rocío Gómez de Piedrahita, escritora nacida en 1926 en Medellín, quien colaboraba con el *Magazín Dominical* de *El Espectador* y era columnista de *El Mundo,* además de miembro de la Real Academia Colombiana de la Lengua. En su columna, Gómez de Piedrahita se quejaba de la falta de

apoyo que tenía la literatura en su ciudad, entonces Jaime Cadavid, gerente de la empresa de textiles Enka de Colombia, se puso contacto con ella y fundaron el premio en 1976. En el año siguiente vino el primer fallo y ganó *Zoro,* de Jairo Aníbal Niño, a quienes se unieron Celso Román con *Los amigos del hombre,* en 1979, Rubén Vélez con *Hip, el hipopótamo vagabundo,* en 1981, Leopoldo Berdella de la Espriella con *Juan Sábalo,* en 1983[2], entre otros escritores que serían importantes en el desarrollo de la literatura para la primera infancia en nuestro país.

El autor, en realidad, nunca se retiró de la poesía, como lo prueban *Hip, hipopótamo vagabundo* y muchas páginas de su obra posterior, entre ellas esta *Oración de los oficios* publicada en el año dosmil:

> *Señor, somos las únicas criaturasi que se arrastran con estilo, pero nos estamos perdiendo casi todo el paisaje.*
>
> *Señor, no podemos negar que nuestra lengua es un instrumento fuera de serie, pero produce unas notas que no admite el pentagrama.*
>
> *Señor, la cabeza nos funciona bien, y a veces se le ocurren ideas de posgrado, pero no suele sacar esas conclusiones que por ahí llaman esperanzadoras.*
>
> *Señor, ¿y si nos convirtieras en aves del paraíso?*

RUBÉN VÉLEZ

BIBLIOGRAFÍA

VÉLEZ, Rubén, *Bestiario con una púa de más,* Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2000.

________, *Hip, hipopótamo vagabundo,* Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1982.

________, *La máquina no devuelve,* Sílaba Editores, Medellín, 2012.



1 VÉLEZ, Rubén, *La máquina no devuelve*, Sílaba Editores, Medellín, 2012.

2 Libro al Viento 129. Está en nuestra Colección Inicial.

# HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO

*También cortesano, el espejo permite que los puntos suspensivos ocupen el lugar de la última palabra: orsi, elefanti, draghi,…*

*Ippopotami, todas esas máscaras que deben soñar los monstruos hermosos.*

*PIER FRANCESCO ORSINI Duque de Bomarzo*

A María Guillermina, primera cómplice del hipopótamo



# ¿HIPOPÓTAMOS O MONEDAS DE CINCUENTA CENTAVOS?

MIS HERMANOS no toleran los destinos que no tienen ninguna relación con las monedas. Como el mayor fabrica las de cien centavos y el menor las de diez, esperan que yo haga las de cincuenta, por el hecho de estar en el centro de la familia. Pero hasta la fecha, no he podido con esa dedicación y presiento que sólo seré capaz de producir unas pocas monedas de cinco centavos.

Ellos redactaron, contra la torpeza que me ha distinguido, las instrucciones que cubren las paredes de mi alcoba. Y no me permiten que las oculte con postales, carteles o fotografías, porque suponen que sus palabras escritas (infatigables) cambiarán mi manera de ser el día menos pensado.

Pero los días menos pensados no tienen por qué suceder en los hogares comunes. Mis hermanos seguirán fabricando monedas y yo seguiré hablando de hipopótamos. Si se enteran de la existencia del cuento de Hip, comenzarán a pensar que no tengo remedio, que sobro en la casa.



# EN TODO CASO, VIAJAR

SIEMPRE RETRATADA al lado de un río, alta y hermosa, Hip vio a su amiga de la infancia en postales y carteles, Hip la vio en las numerosas fotografías que tomaron los turistas de su país cuando visitaron la ciudad más famosa

de la Tierra. Al principio no creyó que las imágenes divulgaran a su amiga la Jirafa, porque le parecía imposible que una jirafa pudiera crecer tanto. Pero los hipopótamos ancianos le aseguraron que en la antigüedad las jirafas rozaban el cielo con sus cabezas, y que nada tenía de particular que ese prodigio ocurriera en los tiempos actuales, pues estaba probado que los hechos, inclusive las estaturas, tienden a repetirse en la historia del mundo.

Hip se puso muy contento; hacía mucho tiempo que no tenía noticias de su amiga. Ella nunca escribía ni mandaba razones; era como si se la hubiese tragado la tierra. Pero felizmente las postales, los carteles y las fotografías informaban que existía en el corazón de la ciudad con la que todo el mundo soñaba. Hip concluyó que la importancia adquirida por la Jirafa la había dejado sin tiempo para recordar a sus amigos.

Solamente quería verla de cerca para saludarla y decirle que, pese a todo, en

# EL GUARDIÁN VIO UNA TORRE

CUANDO LLEGÓ a una de las puertas de la ciudad, lo primero que hizo Hip fue preguntar por el camino más corto que podría llevarlo hasta el sitio donde residía la Jirafa.

—¿Cuál jirafa? —preguntó el guardián.

Hip se la señaló.

El guardián miró hacia el punto indicado, pero sus ojos sólo dieron con la torre de la ciudad. Pensando que se trataba de un chiflado, de uno de los tantos chiflados que recorrían el planeta, se volvió comprensivo y le preguntó:

—¿Es usted muy amigo de esa jirafa?

—Oh, sí, la conozco bien —respondió Hip—; cuando era bajita jugaba conmigo en la selva.

—¿Y por qué no vino ella a darle la bienvenida? —inquirió el guardián.

Hip no supo qué responder: a su desasosiego de recién llegado se agregaba el temor que sentía por todas las personas uniformadas. El guardián se opuso a ese nerviosismo.



—No se preocupe —le aconsejó—; una cosa son los recepcionistas y otra los buenos amigos. Y además, ahora sólo debería pensar en el hospedaje. ¿Sabe de alguna residencia?

—No, no se me había ocurrido —respondió Hip, volviendo a la calma —; pensaba hospedarme en la casa de mi amiga.

—Tengo el folleto que usted necesita —dijo el guardián, al tiempo que le pasaba un libro de direcciones.

Y agregó, dándole una palmadita en la espalda:

—Diviértase: en esta ciudad los extranjeros no deben entregarse a la tristeza. Sería un caso de ingratitud.

## Fíjese bien, señorita Alpiste

Hip consideró que el guardián tenía razón; la claridad del día comenzaba a disminuir y él no estaba dispuesto a pasar la noche en la calle. Se encaminó a la primera residencia que indicaba el folleto. Aún no sentía cansancio, muy convencido de que tarde o temprano hablaría con su compañera de la selva.

—Mañana a más tardar —se dijo— podré saludarla. Mañana a más tardar, podré asegurarle que sigue siendo mi mejor amiga.

Después de preguntar aquí y allá, después de un extravío que duró casi una hora, Hip llegó a la residencia de la señorita Alpiste. Timbró cinco veces antes de que una mujer entrada en años, de muchos centímetros y pocas libras, le abriera la puerta.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó ella, como si estuviera regañando.



—Busco una posada.
—¿Y usted por casualidad qué cosa es?
—Soy un hipopótamo común y corriente… bueno, más bien pequeño.
—Es decir, si no me equivoco, un animalito. ¿Verdad?

—Exacto —admitió Hip.

La mujer lo condujo al patio de su casa. Allí le mostró una pequeña jaula que pendía del techo y daba la impresión de haber sido amarilla.

—He aquí lo que usted buscaba, señor Hipope, Hipopo… ¿Hipoqué? —preguntó la señorita, risueña.

—Hi po pó ta mo —silabeó Hip, aturdido por la oferta de su anfitriona.

—¿Y yo tendré que ocupar esa jaulita? —preguntó con suavidad.

—¡Jaulita! —exclamó ella—. Es toda una señora jaula dorada. ¿De qué puede usted quejarse?

—No quisiera contradecirla, señorita —repuso Hip—, pero creo que mi tamaño necesita un espacio mayor.

—¡¿Mayor?! —vociferó la mujer— ¡Eso es inconcebible!

Y agregó, con las manos apoyadas en sus caderas:

—Me permito informarle que en esta ciudad se ha vuelto muy difícil encontrar hospedaje. ¡Todo el mundo quiere visitarnos!

—Pero señorita… —balbució Hip.

—Ningún pero —determinó la dama—, me parece que usted exige demasiado. ¿Así son todos los hipopo, hipope… hipoqué?

—Hi po pó ta mos —aclaró Hip, ahora en alta voz.

Y añadió:

—Y como hipopótamo que soy, debo decirle que…

—Cállese, cállese —interrumpió la señorita—, ya es hora de que usted se meta en esta preciosa jaula dorada. Y no se preocupe por el frío, que yo no acostumbro cubrir mis jaulas con paños ordinarios.

—Pero señorita —insistió Hip—, en primer lugar, soy un hipopótamo, y en segundo lugar…

—¡Nada de primeros o segundos lugares! — cortó la anfitriona— sólo nos debe interesar este albergue dorado.

La mujer procedió a abrir la puerta de la jaula.

—Adelante, instálese de una vez por todas en su nuevo hogar —dijo.

Hip pensó que lo más sensato era seguirle la corriente.

—He perdido la noción de volar —explicó—; el año pasado me despojaron de mis alas.

—¡Un pájaro sin alas! —estalló la señorita—. Eso carece de sentido. ¿Acaso pretende mortificarme con el absurdo?

—Solamente quiero que comprenda que no soy un pájaro.

La mujer tomó aire, se puso unas gafas ovaladas que guardaba en el bolsillo de su saco, miró detenidamente a Hip y por fin dijo:

—Ya veo que no le falta razón; usted no tiene tipo de canario. Lástima: su aspecto me obliga a negarle mi compañía y esta preciosa jaula que brilla como el oro. Hip gritó su despedida y se apresuró a salir a la calle. Se propuso preguntarle a la Jirafa si así eran todos los recibimientos en esa ciudad.

## UN CIUDADANO RECTO

ANTES DE ENCONTRAR la segunda residencia, cuyo dueño era el señor Candado, Hip tuvo que pedir indicaciones aquí y allá, tuvo que perderse por lo menos durante un cuarto de hora.

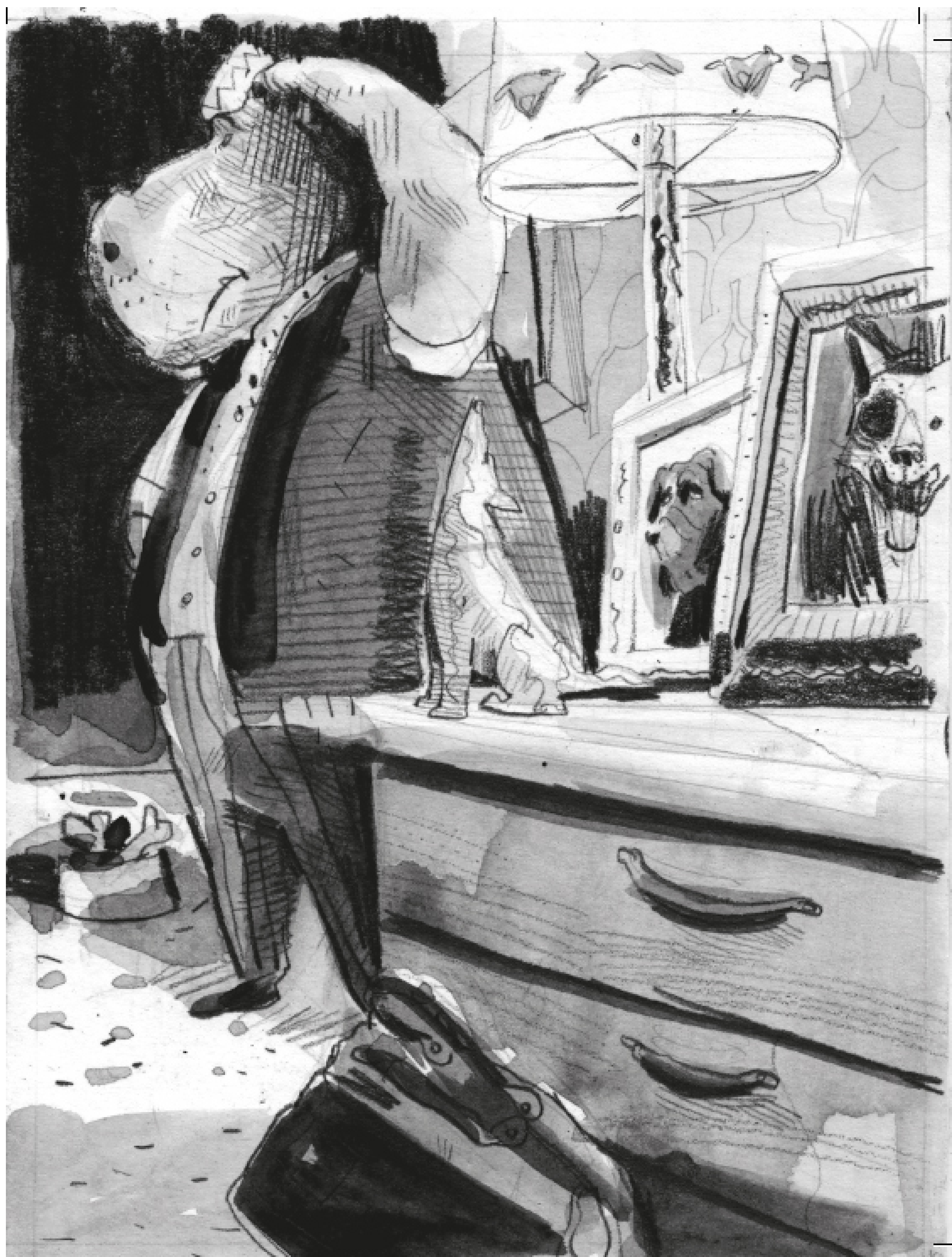
—Las distancias no dejan de crecer en esta ciudad —le dijo a la encargada de un puesto de periódicos y revistas que lo ayudó a orientarse.

El primer timbrazo bastó para que acudiera a la puerta un señor rollizo y de escasa estatura. Hip intentó presentarse, pero el otro lo interrumpió con su júbilo:

—¡Al fin usted…! ¡Maravilloso, maravilloso! —exclamó.

El señor Candado lo invitó a entrar. No parecía disgustado sino todo lo contrario: contentísimo. Tanta cordialidad alentó a Hip:

—Cambia mi suerte —se dijo: este señor no se afana por fruncir el ceño.



Se acomodaron en la sala. El señor Candado habló de los sujetos indeseables que invadían el país, de las porcelanas y la televisión que habían desaparecido de su residencia la semana pasada.

—Por fortuna, usted llega a tiempo —concluyó.

Hip guardó silencio. Era víctima de la perplejidad y empezaba a preguntarse, casi alarmado, si visitaba una ciudad de locos.

El hombre trajo leche y pastelitos de carne. Sorprendió a Hip, hasta el punto de hacerle caer el vaso, cuando le propuso un ladrido.

—Me gustaría oírlo ladrar —porfió el señor Candado, mientras recogía todos los tiestos.

Y alegó:

—¿Qué tiene eso de raro? También se puede ladrar cuando los ladrones descansan.

La mudez de Hip era perfecta. El señor Candado mostró cierto fastidio pero al instante modificó su actitud.

—¡Oh, qué torpe soy! —declaró, llevándose las manos a la cabeza—. Había olvidado que los perros que muerden no ladran.

Trajo agua en una taza de plástico y, además, apareció con un collar para perros. Hip supo que se trataba de una nueva confusión y procuró solucionarla cautelosamente:

—Me temo, señor, que no servirá —dijo—, mi cuello es demasiado ancho. Es más: puedo asegurarle que no tengo cuello… Nosotros no tenemos cuello.

—Eso no importa —opinó el señor Candado—. Usted no debe sentirse acomplejado por la falta de cuello. Después de todo, en un perro solamente cuentan los colmillos; supongo que ahora me enseñará los suyos.

Al darse cuenta de que su cautela contribuía a empeorar la situación, Hip resolvió aclarar de una vez por todas que no ladraba ni mordía, que él no era un perro sino un hipopótamo.

—No estamos para bromas —advirtió el señor Candado—. Usted es un perro, usted debe de ser un perro.

Hip le explicó con paciencia que un hipopótamo tiene muy poco que ver con los perros, que un hipopótamo es otra clase de animal. El señor Candado se obstinó en su punto de vista:

—No, no es cierto —protestó—. Usted me toma el pelo.

Y a continuación, de veras intranquilo:

—Dígame, por favor, señor Hipopeta… Hipopeto… bueno, ese nombre suyo tan raro: ¿verdad que es un nombre de perro?, ¿no es cierto

que así se llama a los perros en su país?

—No, señor —respondió Hip, enérgico—, en mi país un perro es un perro y un hipopótamo es un hipopótamo.

El hombre extremó su mirada, como en un intento de tragarse a Hip con esos ojos terribles.

—¿Así, pues, que usted no es un perro —recapituló—, que usted no ladra ni muerde, que usted no podrá vigilar ni defender mis bienes?

—Exacto —corroboró Hip.

—¿Y qué hace entonces en mi casa? —preguntó el señor Candado, todavía contenido—. Si no es un perro, ¿por qué razón debería fiarme de usted?

Antes de que Hip pudiera contradecirlo, el señor Candado se precipitó a la cocina con el agua y los pastelitos. Regresó a soltar su cólera:

—¡Debí suponerlo! —rugió— ustedes no vienen más que a desvalijarnos. Si no son las porcelanas y la televisión, ¡son los víveres!

Indignado, Hip se levantó de un salto y exigió una disculpa. El señor Candado disimuló su rabia para replicarle que no se atrevía a corregir lo dicho, que los ciudadanos rectos del país estaban obligados a sospechar de los extraños que visitan las casas a partir de ciertas horas de la noche. Hip iba a repetir su exigencia, cuando el otro, de golpe, decidió pasar a los hechos.

Como si fuera un perro de la calle, Hip se convirtió en el blanco de las patadas de su anfitrión. Ya no le quedaba la menor duda: era una ciudad habitada por locos furiosos. Se prometió preguntarle a la Jirafa si ella también había despertado las sospechas de los ciudadanos rectos del país.

## HIPOPÓTAMO EN AÑICOS

CONVENCIDO DE QUE en la próxima residencia lo tomarían por un gato o una tortuga, Hip se dedicó a buscar la tercera dirección que sacó de su folleto.

—Me confundirán con toda suerte de animales, menos con una jirafa —pensó, ya en el umbral de la casa de la señora Gobelino.

No tuvo necesidad de timbrar. Dos sirvientes uniformados salieron a recibirlo como si hubiesen estado a la expectativa de su llegada. Hip renunció a las buenas maneras para evitar desde un comienzo las confusiones:

—Soy un hipopótamo —dijo con rudeza—, un hi po pó ta mo, ¿me comprenden?

Una señora de edad y provista de un rostro inexpresivo, como enmascarada, apareció en esos momentos. Murmuró unas palabras sobre la tardanza del correo y ordenó que colocaran a Hip en el salón de lectura. Hip estaba tan fatigado que se dejó alzar sin oponer resistencia. Los criados lo movieron de acuerdo con las instrucciones de su patrona:



—A la izquierda, la cabeza hacia la izquierda —determinó la dama—; no, mejor a la derecha, ahí… ahí. Perfecto.

Uno de los criados sacudió a Hip y el otro, enseguida, se encargó de brillarlo. En el instante en que iba a protestar, le pasaron por la boca un

trapo aceitado. Limpio y brillante, sostenido apenas sobre sus patas traseras, Hip empezó a ofrecer el aspecto de una extraña escultura.

La señora Gobelino despidió a sus criados y se entregó a la lectura de un libro voluminoso. Hip sintió que la sorpresa ayudaba a paralizarlo: el nuevo malentendido no tenía explicación.

—¿Quisiera concederme un minuto, señora? —se arriesgó a solicitar.

Ganada por el asunto del libro y como si quisiera apagar el eco de esa pregunta, la dama continuó con su lectura a media voz. Hip decidió hacer caso de la fatiga y se vino al suelo.

Originó un nuevo trajín en la biblioteca; los criados irrumpieron atraídos por la alarma de su patrona y lo revisaron minuciosamente. No dieron razón de ningún deterioro.

—¿No ven que se ha desplomado? —objetó la señora—, no sería lógico que no tuviese una rotura.

Armados con lupas, los dos hombres volvieron al caído y en breve reiteraron su informe. Hip los sacó de aprietos:

—No he sufrido ningún daño, señora —dijo, poniéndose de pie—, estoy, simplemente, cansado; los hipopótamos también necesitamos descansar.

Como si temiera incurrir en una vulgaridad, la señora Gobelino se limitó a levantar su cabeza. Después se quejó en voz baja del correo y agregó sin cambiar de tono, que las esculturas antiguas y no los hipopótamos eran los objetos llamados a decorar su ambiente.

—En mi casa chillan los detalles que se mueven o hacen ruido —concluyó.

—Lo lamento mucho, señora —replicó Hip—, pero no tengo nada que ver con una escultura y mucho menos con la antigüedad. Soy un hipopótamo, ¿me entiende?

La señora Gobelino se decidió por el silencio. Hecha una estatua, señaló con su diestra enjoyada la puerta de la residencia. Los criados cargaron con Hip y no le permitieron mayores forcejeos. Lo arrojaron a la calle, al pie de una caneca de basura.

## ¿De qué puede quejarse?

El folleto seguía en su poder, pero Hip ya contaba con buenos argumentos para temer la repetición de las humillaciones de la señorita Alpiste, el señor Candado y la señora Gobelino en las demás residencias de la ciudad. Hasta ese momento, el presente del guardián no le había hecho ningún favor.

Dos celadores lo sorprendieron en el acto de rasgar el folleto y lanzar sus trizas a la calle. Le cerraron el paso:

—¿Qué hace usted? —demandó uno de ellos.

—¿Quién es usted? —preguntó el otro.

Uno de los celadores prendió una linterna y dirigió su luz a la cara aterrorizada de Hip. El susto le había quitado la palabra.

—¡Vaya qué tipo! —observó el hombre de la linterna.

—¿No te parece muy sospechoso? —insinuó el otro.

Hip previó lo peor: que lo confundirían con un sujeto indeseable y seguramente iría a parar en la cárcel. Tanto miedo le tenía a las rejas que por fin obraron sus labios:

—Soy un hipopótamo desafortunado —declaró.

—¿Un hipopótamo desafortunado? —preguntó el celador de la linterna, apagándola.

Y agregó:

—Me he quedado en las mismas.

El otro soltó una carcajada:

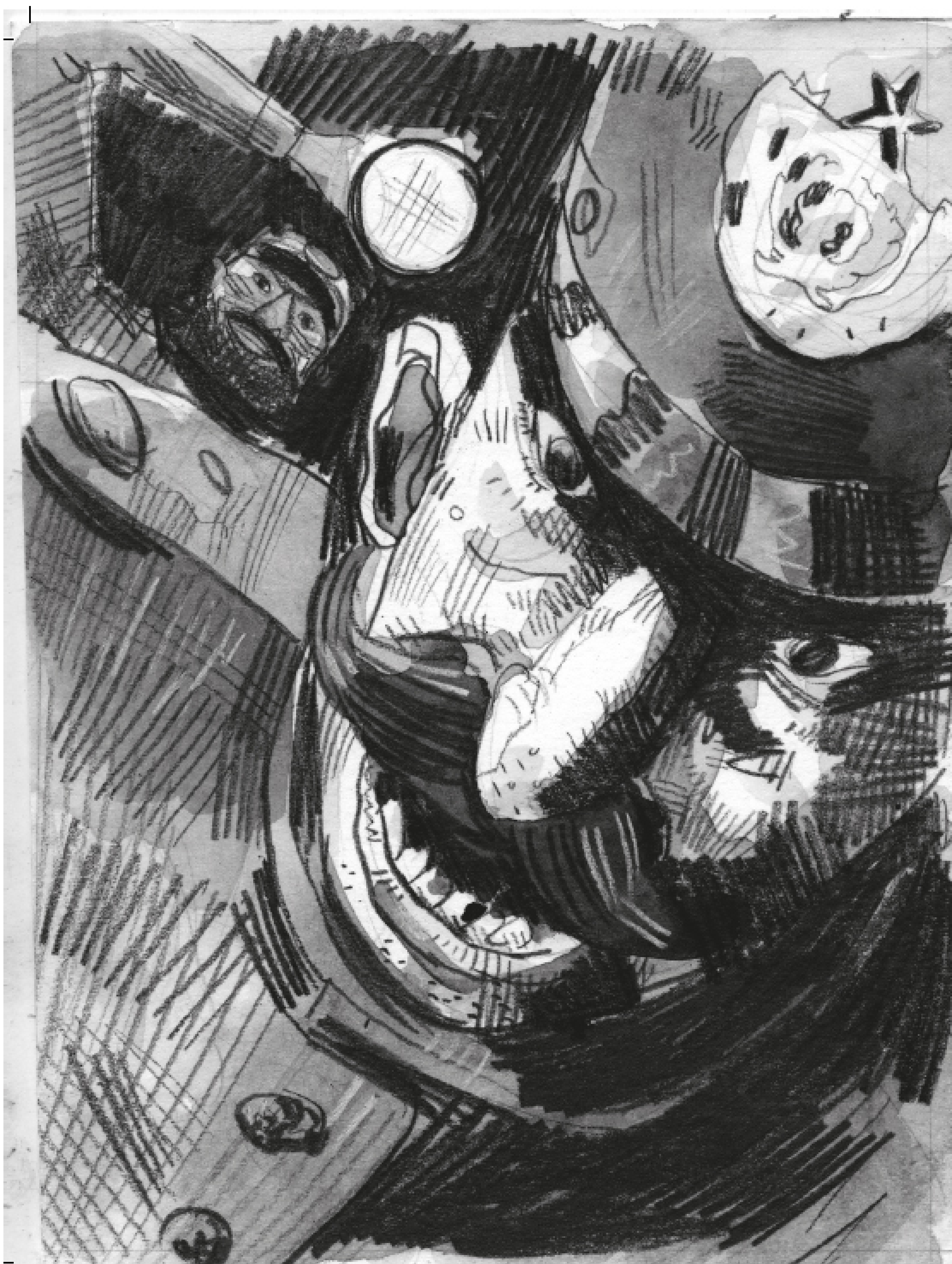
—Lo de siempre —observó—: se trata de un nombre falso; los sujetos indeseables se esconden detrás de los nombres falsos. Ellos creen que si confiesan su nombre verdadero, dejan al descubierto su alma.

—¡Yo no tengo necesidad de cambiar de nombre! —replicó Hip, muy indignado—: no soy un sujeto indeseable.

—Tienes un nombre sospechoso —opinó uno de los celadores.

—Los ciudadanos rectos tienen nombres comunes —informó el otro.

—Los hipopótamos no tenemos nada que envidiarles a los ciudadanos rectos, ni siquiera el nombre —estalló Hip, temblando por culpa de la rabia.



—¿Así, pues, que no somos dignos de su envidia? —preguntó el celador de la linterna, irónico.

—La gente de este país no sale de una confusión; ¿por qué tendría que envidiarla? —contestó Hip.

—¡Alto ahí, señor! —ordenó el otro celador—. No nos gusta que los extraños se metan en nuestros asuntos.

Y añadió:

—Y además, ¿de qué puede quejarse? No todos tienen su suerte, la posibilidad de conocer la ciudad más famosa de la Tierra.

—Pero yo me refiero a unas personas que…

—Tonterías —repuso el celador, cobrando de pronto una expresión cordial en el momento de ofrecerle a Hip un cigarrillo.

Hip dijo que no fumaba y agradeció el gesto. Estaba desconcertado.

—¿Qué pasará entonces conmigo? —preguntó.

Los dos hombres rompieron a reír. Hip repitió su pregunta.

—Los extraños son divertidos —comentó uno.

—Creo que hemos pasado un buen rato —confirmó el otro.

Mientras se alejaban, Hip les aseguró a gritos que jamás se le ocurriría envidiar a la gente de ese país. Los celadores replicaron con mayores risas:

—¡Qué desafortunado es! —exclamaron, unánimes.

## ¡Ahí viene Leopoldo!

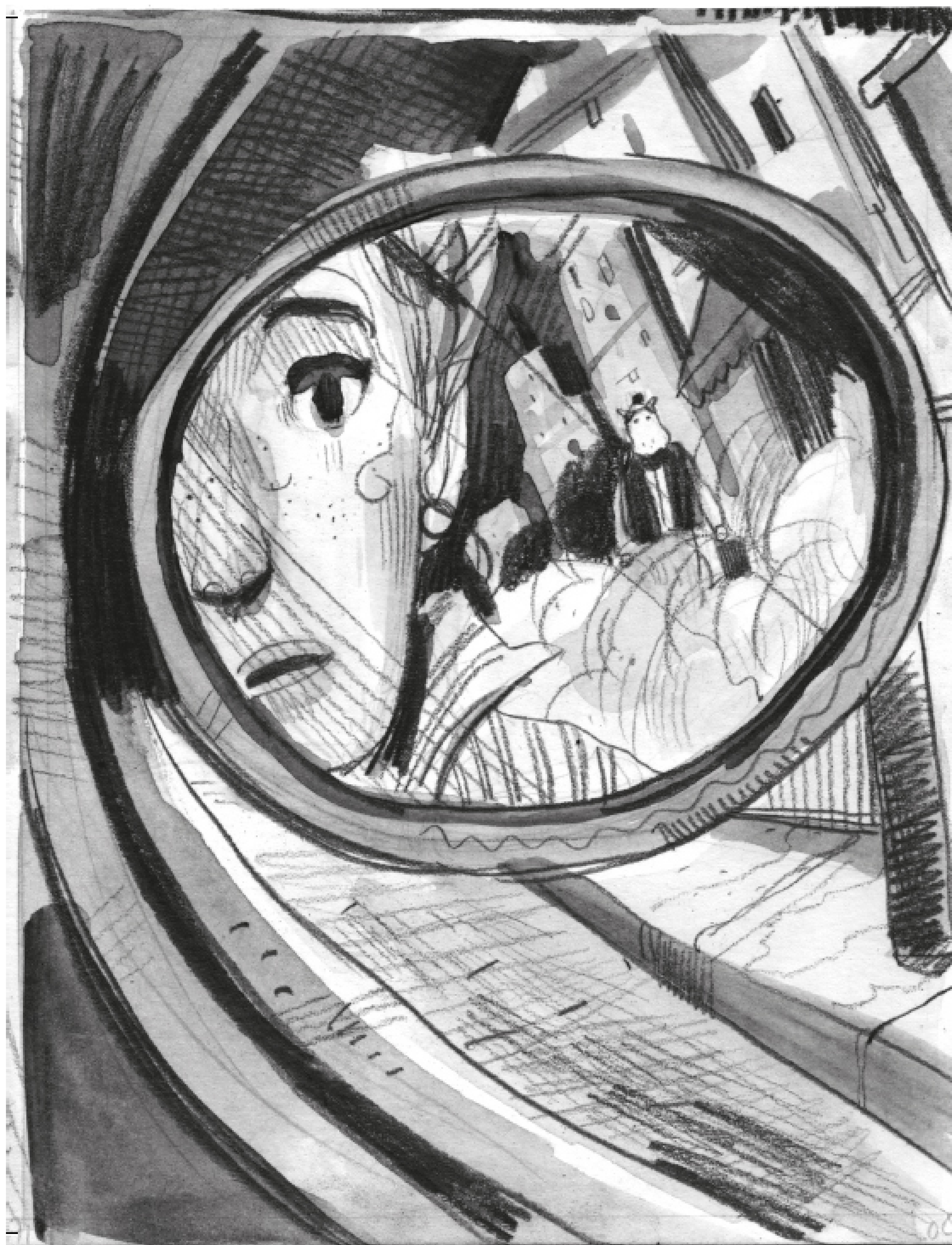
Fue mortificado por otra sorpresa precisamente en la esquina de la calle donde los celadores se divirtieron a costa de su estupor. Al doblarla, se encontró con los brazos abiertos de una mujer muy hermosa y elegante.

—¡Leopoldo! —exclamó la dama, decidida a abrazarlo.

Hip logró esquivarla pero ella reanudó su gesto. Volvió a rechazarla y le dijo con lenta aspereza que él no se llamaba Leopoldo, que él era un hi po pó ta mo. La mujer se aplacó y optó por someterlo a una curiosidad abusiva.

—¡Exacto a mi Leopoldo! —dictaminó, abriendo una sonrisa de oreja a oreja.

Hip se resistió a creer que contaba con un parecido en ese país. La mujer le aseguró que la semejanza entre él y su novio era sorprendente.



—Parecen gemelos —no dudó en precisar, riéndose como si se tratara de un chiste.

La certeza de tener un semejante en una tierra extraña, lo movió a pensar que ese tal Leopoldo, por el solo hecho de parecérsele, lo recibiría en su casa como se recibe a un viejo amigo o a un hermano. Preguntó con una voz casi contenta si la residencia del novio quedaba en la vecindad.

La mujer soltó una risita antes de contestarle que ignoraba la dirección de la casa de Leopoldo.

—Pero eso carece de importancia —agregó—. La única dirección que nos interesa es la de esta esquina, donde él me recoge todas las noches.

—¿Esta noche también? —preguntó Hip, esperanzado.

—¡Esta noche con mayor razón! —exclamó la mujer— hoy estoy cumpliendo años. ¿Se imagina usted el obsequio?

—Por el momento, sólo puedo imaginar la cara de su novio. ¿Usted me lo presentará?

Obtuvo una carcajada. Hip deseó saber la causa de ese estallido, pero el ruido de un automóvil que se acercaba alteró las cosas.

—¡Pronto, váyase pronto! —ordenó la mujer, súbitamente pálida—. ¡Leopoldo no puede verme a su lado!

—Pero…

La mujer lo apartó:

—¡Desaparezca, señor, por favor desaparezca! —insistió, suplicante —. No quiero que Leopoldo me dañe la noche. Mañana me afanaré por presentárselo.

Hip se retiró a toda prisa. Más adelante fue alcanzado por el carro que conducía su presunto doble. Lo cierto es que no pudo verlo, que se quedó sin comprobar el increíble parecido que se había encargado de abrirle en la imaginación las puertas de una casa hospitalaria.

—¿Qué pasará con mi suerte? —se preguntó.

## CIERTAS PAYASADAS

COMO EN ESE MOMENTO su prevención también apuntaba contra los transeúntes de la ciudad, Hip no respondió el saludo de un payaso que cruzó por su lado; no quería que alguien más le agravara la suerte con una chanza o una promesa irrealizable.

El payaso desaprobó esa antipatía:

—Escúcheme, amigo —dijo—: un saludo no da calambres ni mancha la piel.

Hip se detuvo pero no desistió de su silencio. Estaba convencido de que el payaso, con mayor razón, trataría de gastarle una broma.

—Usted es la primera persona que le niega el saludo a un payaso —anotó el hombre—. ¿Por qué lo hace?

El tono de ternura empleado por el payaso y su cara simpática, conmovieron a Hip:

—Perdone usted —explicó—. Ocurre que se ha dañado mi genio.



—Eso tiene cura —dijo el payaso—. Yo me encargaré de devolverle la simpatía. Es mi oficio.

—No funcionará conmigo.

—No me confunde su malestar. Tenga en cuenta que estoy acostumbrado a manejar toda clase de temperamentos.

—Solamente cuando está en el circo. No puede negarlo.

—Mis gracias hacen el circo.

Para demostrar que el circo podía abrirse a cualquier hora y en cualquier parte, el payaso realizó una serie de imitaciones que avivaron en Hip el recuerdo de la señorita Alpiste, del señor Candado y la señora Gobelino. Era como descubrir que sus anfitriones tenían alguna afinidad con los payasos. Entonces rio y aplaudió de buena gana. El payaso correspondió con una graciosa inclinación de cabeza.

—¡Damas y caballeros, niñas y niños —prorrumpió, como si estuviera en el escenario—, esperamos que la risa que estrenaron esta noche los saque de aprietos mañana y pasado mañana, hasta la próxima función!

—Pensaré en sus payasadas cuando se dañe mi genio —prometió Hip, volviendo a los aplausos.

El payaso hizo una venia y corrió a perderse en la oscuridad, como si abandonara la escena del circo.

# RONCAR Y SOÑAR

DISTRAÍDO POR EL RECUERDO de las voces y los gestos del payaso, Hip tropezó con el cuerpo de un mendigo que estaba tendido en la calzada, al pie de una farola. Sin duda embriagado, el hombre lanzó una maldición, se incorporó y trató inútilmente de levantarse. Hip le prestó un apoyo y, aunque sabía que los mendigos carecen de techo, se le ocurrió pensar que la situación podría ser diferente en ese país.

—Lo llevaré a su casa, amigo —prometió— esa borrachera no quiere que le funcionen los pies.

El pordiosero se echó a reír. Luego dijo que su casa era la calle, cualquier calle de la ciudad, y remató:

—¿No es como para sentirme millonario?

El sueño asediaba a Hip. Al cabo de un inmenso bostezo apenas propio de los hipopótamos, el hombre le dijo que semejantes ganas de dormir merecían un lecho confortable, uno de los tantos lechos confortables que integraban su patrimonio. Hip no celebró el chiste.



Pero el mendigo hablaba en serio.

Ambos se encaminaron, el uno apoyado en el otro, a un parque inmediato situado a pocos metros del río de la ciudad. Hip acomodó al pordiosero en la primera banca que toparon. La embriaguez había anulado a

su compañero y apenas le dio tiempo de decir las buenas noches. Sus ronquidos no tardarían en llenar el ambiente.

Hip ocupó la banca contigua. Allí pudo por fin hospedarse hasta la madrugada. Sin sobresaltos, como si hubiese tenido uno de los siguientes sueños reparadores. O los tres, porque el soñador es la persona encargada de añadirle capítulos al cielo.

En el primero, un hipopótamo pintado de amarillo y con alas de cartón pegadas a su lomo, no canta sino que se queja de la jaula que lo reprime. El día menos pensado huye y vuela hasta el sitio donde reside su mejor amiga.

—Jirafa, yo también puedo tocar el cielo —afirma.

En el segundo, un hipopótamo de colmillos salientes escapa la noche menos pensada de la residencia de su amo. En la calle choca con los celadores del sector y ahí mismo sospecha que está frente a unos sujetos indeseables. Les ruge y los dos hombres se dispersan, asustados.

—¡Alto ahí, señores! —grita.

En el tercero, un señor con cara de hipopótamo se prenda de un hipopótamo de bronce que está exhibido en la vitrina de un almacén de antigüedades. La dueña del local le dice que lo siente mucho, que no puede vendérselo porque su mejor cliente, una distinguida señora de la ciudad, acaba de encargarlo. El señor le ofrece pagar por la escultura el doble del precio que menciona su etiqueta. La almacenista cambia de opinión:

—¡Precioso! —exclama una mujer muy hermosa y elegante en el instante en que su prometido, un señor con tipo de hipopótamo, le obsequia un hipopótamo de bronce.



# Esta noche es un paréntesis

SE HA HECHO TARDE. Si no apago la luz de mi alcoba, mis hermanos podrían intrigarse y aparecer de un momento a otro.

—¿A qué te dedicas? —me preguntarán, mirando hacia las paredes para constatar la presencia de sus instrucciones.

Y ellos encontrarán la respuesta sobre mi pupitre.

Abandono, pues, el lápiz y apago la luz. Los tres desquites de Hip me sirven para entrar en el sueño.

## LLEVARLES LA CONTRARIA A LAS LÁGRIMAS

EN LA MADRUGADA del día siguiente, Hip se llevó la mayor sorpresa de su vida: ¡había dormido, sin darse cuenta, a un paso de la Jirafa, de su amiga la Jirafa! Corrió a saludarla, feliz.

La Jirafa nada contestó, no se movió siquiera, como si no hubiese notado la presencia de su compañero de infancia. Hip no quiso creer que era despreciado y culpó a la altura:

—Está muy alta —se dijo—; no puede oírme.

Era tan alta que su cabeza rozaba el cielo. Pero la rigidez de su cuerpo fue el detalle que más impresionó a Hip. Parecía clavada en la tierra. Altísima e inflexible; la Jirafa tampoco percibió los saludos que su amigo se vio precisado a gritarle.

—Te confundieron con una torre —dedujo Hip, demudado por el horror—, te obligaron a ser una torre.

Y lloró, lloró recostado en una de las patas de hierro de su desdichada amiga.

Semejante alarma tenía que despertar al mendigo. El pobre hombre hizo una mueca de disgusto y abandonó su lecho con la intención de abordar a Hip.

—¿Qué te sucede, amigo? —preguntó, bostezando y frotándose los ojos.

Pero Hip no estaba para dar respuestas.

Habituado a las penas cotidianas de la gente que vive en la calle, el mendigo no mostró alarma ni sentimiento. Y porque sabía que las condolencias no rebajan la tristeza, se limitó a recomendarle la comodidad de una banca. Hip se dejó llevar y en el puesto que ocuparon narró el infortunio de la Jirafa y su propia desventura.

—No pienso quedarme un minuto más en esta ciudad —concluyó, sollozando.

El mendigo no le dio importancia a sus palabras. En la calle sólo escuchaba historias de adversidades y no tuvo más remedio que concluir que el único asunto curioso de la vida es la felicidad.

—No es para tanto, amigo —comentó el pordiosero—. Conozco un payaso que no necesita más de tres gracias para sabotear peores tristezas.



Merced a la palabra payaso, Hip recordó que la noche anterior había prometido pensar en ciertas payasadas cuando su genio se fuera a pique. Una corazonada le puso de presente que el payaso recomendado por el pordiosero sería el mismo que estaba al tanto de las voces y los gestos de la

señorita Alpiste, el señor Candado y la señora Go-belino. La posibilidad de presenciarlo levantó su ánimo.

—Me gustaría asistir a una de sus funciones —dijo.

El pordiosero explicó que unas calles lo estaban esperando y que por ese motivo aceptaba acompañarlo hasta el circo, pero que no podría aguardar a su lado la función de la noche. Argumentó, además, que los buenos callejeros no cometen pausas bajo el sol y ordenó la partida. Hip alcanzó a despedirse de su Jirafa:

—Adiós, mi querida amiga —dijo, besándole una pata—, de todas maneras, mi alta y hermosa Jirafa... adiós.

Frente a la tienda del circo el pordiosero cumplió con lo suyo. Las calles eran su prójimo y lo dominaba el afán de decirles los buenos días a algunas de ellas, sus favoritas. Hip le deseó mucha suerte.

## EL MUY VAGABUNDO

ERA INÚTIL INSISTIR: el circo estaba cerrado. A esas horas de la mañana todo estaba cerrado, salvo las calles. Hip recordó las palabras del mendigo y se echó a andar, apenas asistido por el propósito de regresar en las horas de la noche.

—Entonces, podré ver a mi amigo el payaso —se dijo una y otra vez, para negarse a la tristeza.

El sol empezaba a alegrar los seres y las cosas de esa parte del mundo. Especialmente a Hip, que caminaba por toda la mitad de la calle entregado a la tarea de contar en voz alta sus pasos.

—¡Dejó de contar un paso! —observó la Calle.

—Usted se equivoca, señora Calle; treinta pasos he dado, treinta he contado.

—¡Treinta y uno! A mí no se me puede escapar ningún paso; ¡tengo tanta experiencia al respecto!

—Está bien, treinta y uno.

—¡Cincuenta, cincuenta! Va para el cincuenta y uno.

—Usted gana; creo que me contentaré con recorrerla. ¡Tantos adoquines y todos tan bien colocados! Es una calle muy hermosa.

—Me halaga, señor. Pero, a decir verdad, ahora no debo de lucir hermosa. Más bien triste: mi alegría son los pasos de la gente, la gente completa mi belleza.

—Pero si nadie se detiene a saludarla. La gente ni siquiera repara en usted. ¿Cómo puede alegrarla esa indiferencia?

—Tengo mis buenos amigos, no se preocupe. Además, muchos saludos rápidos, mecánicos, no mejorarían las cosas. Me basta un saludo especial. Por ejemplo, su marcha por la mitad de la vía; hoy me sentiré muy bien.

—Y si nadie la saluda, ¿se le daña el genio?

—Oh, no —respondió la Calle, sonriente—, no me gusta ser dramática. Cuando nadie me saluda, supongo que los pasos son una especie de saludo. Cada paso me dice: «Hola, señora Calle, permítame pisarla una vez más». Al mediodía, ya me siento importante.

—Con toda razón.

—Muy gentil, señor, muy gentil. Pero, por favor, no camine tan rápido. Su prisa me incomoda.

—¿Mi prisa?

—Sí, su prisa. Me gusta sentir que alguien puede transitar como un poeta. Los poetas se detienen a conversar con las calles, son unos vagabundos a carta cabal. En cambio, los otros transeúntes no hacen más que fatigarse: expertos en el cansancio. ¿No le parece terrible?

Era como si flotara sobre la calle. Libre de cualquier afán, Hip pensaba en voz alta, intentaba silbidos. Alguien se vio precisado a empujarlo hacia la acera para salvarlo del parachoques de un camión.

En la acera, dedicó su atención a las vitrinas, a los avisos de los almacenes. Los maniquíes no tardaron en objetar su atuendo:

—¿Y esos pantalones?

—¿Y esa camisa?

—¡Horror, horror!

—¿Cómo se atreve a salir en esa facha?

—¿Tendrá la suficiente valentía para asomarse al espejo?

—¿La suficiente insolencia?

—¡Horror, horror!

Hip apenas sonreía, como si asistiera a una función de payasos mediocres. Los muñecos giraron sobre sus talones, vertiginosamente, para que el espectador de turno pudiera admirarlos a cabalidad y, en consecuencia, renunciara a su abandono. Se abrieron sus sacos; enseñaron sus corbatas, sus pañuelos. La indiferencia de Hip terminó por sacarlos de quicio:

—¡Ordinario!

—¡Provinciano!

—¿No se da cuenta de que está haciendo el ridículo?

—¿Quiere convertirse en el hazmerreír de la ciudad?

—¿No comprende que nosotros somos los dueños de la situación?

—¿Que la gente tiene que seguirnos si desea estar a la altura de las circunstancias?

—¡Póngase a tono con los nuevos tiempos!

—¡Cambie, cambie!

—¡Otra camisa!

—¡Otro pantalón!

Hip se apartó de las vitrinas. Los comentarios y las carcajadas de los maniquíes lo persiguieron durante algunos minutos. Cuando se puso a mordisquear una manzana en la acera siguiente, ya era un extraño a ese bullicio de la moda. Otras voces lo aguardaban:



—¡Patéeme, señor, patéeme! —suplicó una caja de cartón.

—Me sorprende usted, señora Caja; ¿qué ganaría con mis patadas?

—Muy poco, pero eso no importa; podrá advertir que no soy más que una basura. Usted, en cambio, ganaría algunos puntos...

—No comprendo.

—¡Vaya vagabundo! —replicó la Caja, entretenida— me da la impresión de que usted es un simple aficionado.

—Creo que me debe una explicación, señora

Caja.

—¡Qué lata! Otros vagabundos ya me estarían tratando como se trata a una pelota. ¿Acaso no comprende que para llegar a ser un buen vagabundo es necesario patear de cuando en cuando una vieja caja de cartón?

—Excúseme, no tengo muchos conocimientos sobre la materia.

—¡Ahora los tiene! —la Caja estaba a punto de estallar.

Y prosiguió, indignada:

—¡Usted no sabe comportarse como un vagabundo!

—Le daré gusto —prometió Hip, ruborizado, al tiempo que iniciaba sus puntapiés.

A lo largo de varias cuadras, Hip hizo todo lo posible por complacer a su compañera de cartón. Hasta el momento en que ella advirtió la presencia de unos niños pordioseros.

—Déjeme en paz —chilló la Caja—, esos vagabundos me necesitan.

Y luego, con toda su alegría:

—¡Ellos sí saben confundirme con una pelota!

Al ver la Caja, los mendigos corrieron hacia ella, radiantes, como si salieran al encuentro de una vieja amiga. Hip se la cedió sin armarles disputa.

—Bien hecho —dijo la Calle.

—Después de todo, no era una pelota —manifestó Hip.

—No, no me refiero a esa pobre basura. Hablo de su estilo.

—Todo un vagabundo, ¿no es cierto?

—Un buen caminante. Ahora sabe relacionarse con los pormenores del camino; gracias a esa intimidad, cada vez se encontrará más lejos del aburrimiento y la fatiga.

Entre tanto, la ciudad se quedaba sin paz;·la gente iba y venía, dominada por toda clase de urgencias; los relojes levantaban la voz:

—¡Corra, corra! —ordenaba el horario.

—¡Si no se apresura, perderá su turno! —advertía el minutero.

—¡Lo amonestarán, lo amonestarán! —pronosticaba el segundero.

Esa alarma general ahogaba las otras voces, hacía que Hip se sintiera cabalmente extranjero o uno de los pocos vagabundos irremediables que

recorrían la ciudad. La persona indicada para escuchar los murmullos del jardín:

—He aquí un amigo de las siestas —dijo la hierba.

—Un amigo de las sombras gentiles —intervino el árbol.

—Los buenos callejeros no cometemos pausas bajo el sol —repuso Hip.

—Muy interesante —comentó la hierba, no sin sorna—: he aquí el primer vagabundo que no tiende a descansar.

—El primer vagabundo que no tiende a recostarse —añadió el árbol.

—Conozco un vagabundo que... —balbució

Hip.

—Los buenos vagabundos no despreciarían mi alfombra —insinuó la hierba.

—Y no se les ocurriría desatender mi apoyo —dijo el árbol.

—¿Nunca ha soñado con tener una nube a su alcance? —preguntó la hierba—. Los buenos vagabundos aseguran que yo soy una especie de nube.

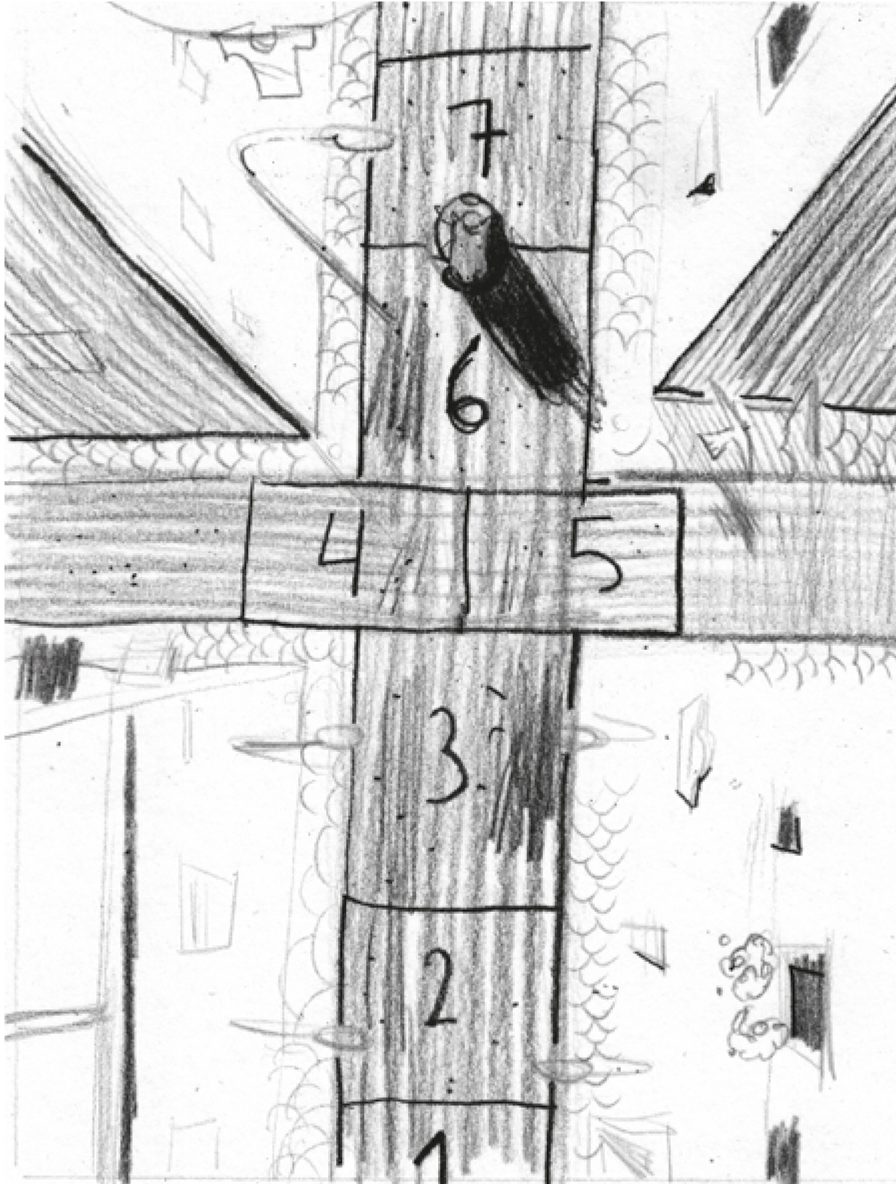
—¿Nunca ha intentado un poema? —preguntó el árbol—. Los buenos vagabundos aseguran que bajo mi copa sus palabras se vuelven poesía.

—En una nube ocurren muchas cosas. Por ejemplo, los sueños. Cuando regrese a la calle, tendrá una nueva historia para contar o, quizás, una idea distinta sobre las cuestiones del mundo.

—Si se hace poeta, cada hoja del árbol le parecerá una página disponible. Entonces, imaginará su contenido, inventará otro árbol. Más tarde, el nuevo árbol asombrará a otros vagabundos. Ellos serán sus verdaderos amigos, sus compañeros.

El jardín se salió con la suya. Ahí reposó el aprendiz de vagabundo, tal vez persuadido de que navegaba sobre una nube y seguramente emocionado por la posibilidad de sus versos. Al margen de la bulla de los relojes, pero a escasos metros del Mapa de la ciudad, el dueño del vozarrón que se encargaría de recortarle la siesta:

—¡Oiga usted! —se hizo sentir desde la esquina—: ¡no es hora de dormir sino de decidirse por un camino!




Al cabo de varias llamadas, Hip acudió al Mapa con la lentitud que le había recomendado la Calle.

—¡De prisa —ordenó el Mapa—: el día declina y usted aún no se orienta!

—No busco ninguna dirección en particular —contestó Hip, ante la caja de vidrio que protegía al Mapa.

—¿Quiere decir que se ha entregado, que ya no quiere llegar a su destino?

—Quiero decir que no me considero un extraviado.

—No trate de engañarse, señor —objetó el Mapa—; las personas orientadas no se echan en la calle: se dirigen a sus metas, resueltamente. Pero no se preocupe: tengo la dirección que usted busca. ¿Un museo?, ¿un arco?, ¿un castillo?, ¿la tumba de un héroe? Si hace caso a mis indicaciones, usted podrá llegar en un abrir y cerrar de ojos a esos sitios memorables, a esas octavas maravillas.

—¿Y los payasos?, ¿también actúan los payasos en esos sitios?

—¿Payasos? —el Mapa sonrió—. Sin proponérselo, usted acaba de confirmar su extravío. ¿Qué espera para orientarse? Puedo darle la dirección de grandes plazas, de los mejores teatros; se encontrará con toda suerte de personas.

—Y si llevan prisa, ¿qué será de sus saludos especiales?

—¿Saludos especiales? —el Mapa tosió—. Bueno, no es fácil pronosticarlo. Esa gente que anda por ahí conociendo y admirando nuestras obras de arte, sólo tiene tiempo para tomar fotografías. Usted comprende: la necesidad de coleccionar recuerdos, de probar que alguna vez visitaron la ciudad más famosa de la Tierra.

—Me gustaría tomarle una fotografía a esta calle, ahora mismo.

—¡A esta calle! ¡Pero si no es más que una vulgar callejuela! Puedo darle la dirección de las avenidas más hermosas del mundo. Por ejemplo, la Avenida de...

Hip siguió adelante. Otros mapas se alarmaron por su vagancia, trataron de confundirlo, le recomendaron rincones históricos, monumentos. Pero a él le bastaba la dirección del circo, su octava maravilla. Podía, entonces, dejar de dirigirse por el momento a alguna parte e, inclusive, atender la invitación de las rayuelas:

—¡Salta, salta! —propusieron las líneas.

A Hip le gustó la idea y saltó varias veces, de cuadrado a cuadrado, de raya a raya, con la torpeza de un aprendiz. El regocijo de las líneas era contagioso.

—¡Salta, salta! —insistieron, abandonadas a la risa.

—Una pausa, una pausa —rogó Hip, jadeante, sentándose en el borde de la acera—. ¿Nunca se cansan de jugar?

—Sí, también nos toca el cansancio. Pero hacía mucho tiempo que no jugábamos. A los niños les metieron en la cabeza que somos demasiado simples.

—Nos cambiaron por juguetes extraños.

—Nos han abandonado; ya no nos sentimos un juego, sino un dibujo absurdo, una mancha.

—Ni hablar de los adultos; cuando nos ven, se retiran a toda prisa.

—Como si propusiéramos algo en verdad inconveniente.

—Nos huyen.

—Los adultos temen regresar a su primer recreo.

—¡Y lo cierto es que quieren jugar!

—Pero algo los frena.

—Algo los amarra.

—¡Entumecidos!

—¡Congelados!

Las rayuelas no consintieron la fatiga. Aplaudieron, silbaron, comentaron las audacias del saltador, sugirieron brincos. Hip perseveró en ese juego hasta el atardecer, la hora en que los vagabundos empiezan a desandar las calles.

## ¡BIENVENIDO EL HIPOPÓTAMO!

UN SEÑOR que parecía ser el dueño del circo atendió las llamadas de Hip.

—Ando en busca de un payaso —precisó el animal—. Es la única persona que puede curar de una vez por todas a un hipopótamo.

La palabra hipopótamo creó un brillo de alegría en la mirada del hombre:

—¡Un hipopótamo en mi circo! ¡Increíble!

Y explicó que desde pequeño deseaba conocer todas las criaturas de la selva, pero que en la vida había tenido el gusto de tratar con animales

distintos de los leones y los monos. La inesperada acogida hizo que la alegría también interviniera en los ojos de Hip.

El dueño del circo dispuso que la función de la fecha sirviera para celebrar la presencia de su huésped. Esa noche, en efecto, Hip apareció ante el público precedido por su amigo el payaso. Cuando le llegó el turno de presentarse, deletreó su nombre delante del micrófono, hi po pó ta mo, para que nadie se quedara sin entenderlo, hi po pó ta mo, porque había llegado la hora de hacerle ver a la gente que un hipopótamo es un hipopótamo y no un canario, un perro o una antigüedad, hi po pó ta m o...



Los aplausos de los espectadores fueron rotundos.

Desatado por la dicha, Hip inició una danza según la cadencia de los tambores que sonaban en su honor. Varios niños se lanzaron al escenario dispuestos a hacerle una rueda-rueda. Y esa rueda giró, giró muchas veces la rueda-rueda feliz de los pequeños amigos para que Hip no cesara de girar y pudiera, finalmente, repetir la risa de sus mejores tiempos y su cantinela favorita:

*Soy un hipopotamito*
*y eso me basta*
*soy un hipopotamito*
y esa es mi gracia.

## ELLOS TAMPOCO TIENEN REMEDIO

LA DICHA de Hip es contagiosa. Cuando él reía en el centro de la rueda-rueda una risa importante sucedió en mi cara (las risas importantes casi no suenan, pero hacen que uno tenga más vida en los ojos).

—Brillas como una moneda recién acuñada —comentaron mis hermanos.



# LIBRO AL VIENTO

COLECCIÓN UNIVERSAL
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

COLECCIÓN CAPITAL
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

COLECCIÓN INICIAL
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

COLECCIÓN LATERAL
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.




# RECIENTES TÍTULOS DEL PROGRAMA

109 Bogotá contada 2.0
*Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra*

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
*Esteban Echeverría*

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
*Horacio Walpole*

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de Iriarte
*Tomás de Iriarte*

116 Once poetas holandeses
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos
*Ximénez*

118 Bogotá contada 3
*Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres*

119 Guadalupe años sin cuenta
*Creación Colectiva Teatro La Candelaria*

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»
*Katherine Mansfield*
Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois
*Gérard de Nerval*

Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 ONCE POETAS FRANCESES
Selección y prólogo de Anne Louyot Traducción de Andrés Holguín

123 «PIEL DE ASNO» Y OTROS CUENTOS
*Charles Perrault*
Traducción de Mateo Cardona Ilustrados por Eva Giraldo

124 BODAS DE SANGRE
*Federico García Lorca*

125 MARAVILLAS Y HORRORES DE LA CONQUISTA
Comentarios y notas de Jorge Orlando Melo

126 BOGOTÁ CONTADA 4
*Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria*

127 LA HISTORIA DEL BUEN VIEJO Y LA BELLA SEÑORITA
*Italo Svevo*
Traducción de Lizeth Burbano

128 LA MARQUESA DE O.
*Heinrich von Kleist*
Traducción de Maritza García Arias

129 JUAN SÁBALO
*Leopoldo Berdella de la Espriella*
Ilustrado por Eva Giraldo

130 ARTE DE DISTINGUIR A LOS CURSIS
*Santiago de Liniers & Francisco Silvela*

131 VERSIONES DEL BOGOTAZO
*Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero -Klim-, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia*

132 ONCE POETAS ARGENTINOS
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 BOGOTÁ CONTADA 5
*Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo*

134 LA DICHA DE LA PALABRA DICHA
*NICOLáS BUENAVENTURA*
Ilustrado por Geison Castañeda

135 EL HORLA
*Guy de Maupassant*
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO
*Rubén Vélez*
Ilustrado por Santiago Guevara




# COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.






HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO DE RUBÉN VÉLEZ FUE EDITADO POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO CIENTO TREINTA Y SEIS, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE ENERO DEL AÑO 2019 EN BOGOTÁ.

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.



«El soñador es la persona encargada de añadirle capítulos al cielo».

RUBÉN VÉLEZ

Para pequeños lectores

LIBRO AL VIENTO INICIAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

*«Me gusta sentir que alguien*
*puede transitar como un poeta.*
*Los poetas se detienen a conversar*
*con las calles, son unos*
*vagabundos a carta cabal».*

RUBÉN VÉLEZ










BOGOTÁ MEJOR PARA TODOS